

Las manos en las rodillas,
Y en las manos la cabeza,
Que asidas convulsamente,
Y enclavijadas con fuerza,
Guardaban algun objeto
Que se adivinaba apenas.
« ¡Arriba! » á gritar tornaron;
Pero mirando su inercia
Empujáronle con ira
Y dió de rostro en la tierra:
Rodó por el pavimento
Aquel busto de madera,
Que el rostro de una Madona
En su Tisbe representa,
Y á sus piés quedó tendido
El escultor, que les deja
Su gloria con su cadáver
De su ejecucion en prenda.
Que quien nace hidalgo y fiero
No puede con la vergüenza
De acabar con ignominia
En una pátria estrangera.
¡Pobre Tisbe! ¡cuán en vano
En ese dintel le esperas
Pasando noches y días

Del santo oficio á la puerta!
Resuelta estás á morir
Sobre esas heladas piedras,
O á ver otra vez al alma
De tu marchita existencia;
Mas como ese tribunal
Jamás su víctima suelta,
Colige de ambos á dos
Cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues solo el Torrigiano
En su desventura fiera
Aguardó para morir
A poder delante de ella:
Y Tisbe amor tan inmenso
Para el Torrigiano encierra
Que ser no sabe sin él
Ni alentar donde él no alienta:
Aquellas dos nobles almas
La una de la otra existencia
Al cielo á la par volaron,
Y si hay Dios ¡dichosas ellas!

RECUERDOS Y FANTASIAS.

INTRODUCCION.

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida;
¡Agüero fué por Dios bien desdichado!

Al eco de este cántico precito
Dijo el mundo escuchándome: « Veamos; »
Y sentóse á mirarme de hito en hito:
Y el mundo y yo por mi primer delito
Desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo
Y que duerman en paz, si es su destino,
Harto haremos en mar tan proceloso
Como es la vida en encontrar camino.

Yo el mio me busqué por las turbadas
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla
Por medio de otras muchas que estraviadas
Vogar sin rumbo vi desesperadas,
Procuré conducir hácia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro
Volvíme al cielo y acudí á la ciencia:
¿A la ribera tocaré? Lo ignoro;
Solo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,
Y á impulso de recóndito misterio
Dióle la soledad eco infinito,
Y fué, tornado en cántico maldito,
A espirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudia
Y ánsio de gloria al corazon hallando
Dije dentro de mí « la tierra es mia. »
Y con mayor afán seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
De arcángel mi poder; mi alma altanera
Me arrebató hasta el alto firmamento,
Y la religion azul del vago viento
Estremecí con mi cancion primera.

Atrás dejé las águilas que miran
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron
Las nubes que relámpagos respiran,
Los soles mil que por espacios giran
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis piés, alcé la frente
Para cantar mi orgullo, y mis oídos
Del medio de una nube refulgente
El acento de Dios omnipotente
Oyeron de pavor estremecidos.

« Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,
Pero canta en el polvo que naciste,
Allí donde jamás han de creerte:
Canta la vida, mientras va la muerte
A sí llamando tu existencia triste. »

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,
Y al impulso de su hálito divino
Con cántiga risueña ó dolorida
La soledad alivio del camino:
Y cumplo así la ley de mi destino.

I.

Inunda, paz sabrosa,
Mi corazon tranquilo,
Y dichas y deleites
Encuentro por dó quier:
Mi sér halló en mi alma
Inalterable asilo,
Mi espíritu respira
El ámbar del placer.

Ya nada me atormenta
Ni envidia ni deseo:
Mi espíritu al abrigo
De la tormenta está:
Pasar á las edades
Indiferente veo:
Mecido en dulces sueños
Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebatata
Mi loca fantasia

En alas de su jóven
Fecunda inspiracion;
Y á un mundo me trasporta
De encanto y de armonia
Dó gozan mis potencias
Espléndida ilusion.

Mi espíritu se libra
Del cuerpo que le encierra
Y grande y poderoso
Como su Dios se cree,
Y alcanza desde el zénit
A la lejana tierra
Cual punto en el espacio
Que apenas no se ve.

El orbe ante mis ojos
Desplega los misterios
Que impulsan la infinita
Y escelsa creacion:
Y hollando los escombros
De tronos y de imperios,
Revierta en armonia
Mi libre corazon.

Cuanto es en los espacios
Su sér me patentiza:
Un templo ante mis ojos
El universo es,
Y todo en su recinto
Se ensalza y diviniza,
Y la creacion entera
Tendida está á mis piés.

No hay canto, ni suspiro,
Lamento ni murmullo,
Cuyo eco misterioso
Fingir no sepa yo,
Que mi niñez mecieron
Los bosques con su arrullo
Y su creencia santa
La soledad me dió.

La música comprendo
Que en las volubles hojas
Resuena á la presencia
Del céfiro fugaz:
Y entiendo en el otoño
El ¡ay! de sus congojas
Con que piedad imploran
Del ábrego tenaz.

Yo sé como susurran
Con diferentes voces
Marchitas en setiembre,
Jugosas en abril:
Ya rueden con el polvo
En círculos veloces,
Ya con su toldo verde
Coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves
Los cánticos distintos,
El saludar al alba
O huir la tempestad;
Buscando de las selvas
Los cóncavos recintos,
En donde alegres gozan
Salvage libertad.

Entiendo el agorero
Graznar de la corneja,
La ronca voz de buitre
Que huele su festin,
Del solitario buho
La temerosa queja,
Y el amoroso trino
Del ágil colorin.

El ruido con que vuela
La errante mariposa,
Los pasos de la oruga
Sobre la fresca flor,
El desigual zumbido
Con que anda codicioso
La abeja, de su cáliz
Volando en derredor.

El són con que su nido
Columpia la oropéndola
Del álamo frondoso
Suspense en la altitud,
Y los murmullos que alzan
Las ráfagas meciéndolas
Haciendo revoltosas
Eterna su inquietud.

Los mágicos rumores
Que elevan diferentes
Las diferentes aguas
Del bosque ó del jardín,
Cuando los montes sulcan
Sus rápidos torrentes,
Cuando en los valles buscan
Sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento
De las voraces fieras,
De la tormenta ronca
El iracundo són;
En mis oídos posan
Las notas lisonjeras
Que ensalzan y armonizan
La inmensa creacion.

Conozco de los astros
La incógnita carrera,
Del ángel que los guía
La luminosa faz,
Y la del ROSTRO SANTO
Que en ellos reverbera

LOS BORCEGUIES DE ENRIQUE SEGUNDO.

ROMANCE.

Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron
Que fuera Gain el vivo
A no haberlo sido el muerto.

Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.

(Romancero general.)

I.

Después de la cruel tragedia
En que murió el rey Don Pedro
A manos de una traicion
De serviles extranjeros,
Su matador Don Enrique
Gozó en calma largo tiempo
La corona de su hermano,
Por la fuerza ó por derecho.
Aunque de sangre bastarda
Cuantan de él famosos hechos,
Liberalidades grandes
De real corazon ejemplos.
Dicen que á Castilla dió
Gran prez y engrandecimiento,
En paz viviendo con todos
Por la fuerza ó el ingenio:
Y Aragon, Francia y Navarra
Y Portugal, le temieron,
Y le temblaron los moros
Aun teniéndole tan lejos.
¡De la voluntad de Dios
Incomprensibles secretos,
Mas donde van siempre juntos
Los castigos y los premios!
Vivió dichoso este rey
Tras el fratricidio horrendo,
Fama conquistando y nombre
De liberal y de recto;
Lo cual celebran los malos
Y desespera á los buenos,
Que no hay mas ley que la fuerza,
Ni mas justicia, creyendo.
Mas bien se ve en Don Enrique
Por la muerte que le dieron,
De Dios la recta justicia
Y la igualdad de los cielos.
Con hierro mató á su hermano,
Y él acabó con veneno:
Por extranjeros matóle,
Y á él matáronle estrañeros.

Veía el rey de Granada,
Ayudador de Don Pedro,
Del reino de Don Enrique
La preza y acrecentamiento.
Veíalo, recelando
Que la memoria de aquello,
Y el rencor que produjera
De Don Enrique en el pecho,
Aun en él se alimentaran,
Fermentando en el silencio:
Y el moro pensó en sí mismo
Y pensó con mucho acierto.
Veló, inquirió con astucia
De sus espías por medio
El grande apresto de guerra
Que el de Castilla iba haciendo:
Y al ver la paz asentada
Con los inmediatos pueblos,
Y á los monarcas cristianos
En amistad y sosiego,
Penetró del rey Enrique
El oculto pensamiento,
Y otro pensamiento oculto
Pensó oponerle resuelto.
« Amigo fui de su hermano
(Dijo el moro): él es soberbio,
Y el ultraje no ha olvidado,
Y está á volvérmelo atento.
Ganémosle por la mano;
Y astutos al defendernos
Vengüemos con sangre suya
La sangre del rey Don Pedro. »

Dijo esto el moro una tarde
Por los jardines amenos
Del alto Generalife,
En solitario paseo.
Y enderezando los pasos
Al alcázar opulento
De la Alhambra, mandó al punto
Que llamaran en secreto
A un moro de grande ciencia
Y en medicinas muy diestro,
El mejor de sus amigos
Y el mas leal de sus deudos.
Vino el moro, y encerrándose
Con él en un aposento,
En larga plática oculta
Hasta al alba se estuvieron.
Nadie lo que hablaron supo,
Nadie jamás cayó en ello;
Los hechos lo revelaron
Y lo aclaró solo el tiempo.
Solo se dijo en Granada
Con recatado misterio,
Que el sabio huía del rey,
Y el rey le echaba del reino.

II.

En Santo Domingo estaba
Don Enrique, y muy ufano
Celebraba con festejos
Sus paces con el Navarro.
Todo era gozo en la corte,
Todo en la ciudad saraos,
Y luminarias y músicas,
Cañas, toros y caballos.
Andaban los caballeros
Con las bandas y penachos
De los colores del gusto
De ambos á dos soberanos:
Y andaban los trovadores
Con cantares regalados
Las grandezas de ambos reyes
En sus rimas encomiando.
Y andaba el rey Don Enrique
Con largueza real premiándolos,
Ya elogiándoles los versos,
Y ya con oro pagándoselos.
Andaba Villasandino (1)

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey Don Enrique segundo, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey Don Juan, primero de este nombre.—Fué este Villasandino el poeta mas celebrado de su época, no sin razon, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse sin embargo dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan ademas la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida Don Enrique, razon principal que me mueve á citar estas y no otras.

DECIR que fiso Alfonso Alvarez de Villasandino para la tumba del rey Don Enrique el viejo.

Mi nombre fué Don Enrique,
Rey de la hermosa España.
Todo ombre verdat publique
Sin lisonja por fasaña.
Pobre andando en tierra estraña
Conquisté tierras é gentes.
Agora parad bien mientes
Quel yago tan sin compañía
So esta tumba tamaña.

Con esfuerzo é lozania
É orgullo de corazon
Fuí rey de grant nombradía
De Castilla é de Leon.
Puse freno en Aragon,
En Navarra é Portugal:
Granada miedo mortal
Ovo de mí esa sazón,
Recelando mi opinion.

A los mios é á estraños
Fuí muy franco é verdadero.
Poco mas de dose años
Me duró este bien entero.
Nunca creí de ligero.
Bien guardé sus privilegios
A fidalgos é concejos:
Conosciendo á Dios primero
De quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa
Por dejar tal capellana,

Poeta el mas afamado,
Entre la gente de corte,
Vestido á lo cortesano.
Andaba Pero Ferrús
Sus dulces trovas cantando
Desde el alba hasta la noche,
Desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena
Del mes de abril, á caballo
Con su corte el rey Enrique
Quiso salir por el campo.

Tan complida, é tan onrosa
La muy noble Doña Juana,
Muy onesta, é sin ufana,
Reina de liña real,
Mi muger noble, leal,
En todo firme é cristiana,
Quita de esperanza vana.

Dejo á los castellanos
En riquezas, sin pavor;
De todos sus comarcanos
Hoy le llevan lo mejor.
Por su rey é su señor
Les dejo muy noble infante
Don Juan mi fijo, bastante,
Bien digno é merescedor
Para ser emperador.

DECIR de Pero Ferrús al rey Don Enrique.

Don Enrique fué mi nombre,
Rey de España la muy gruesa,
Que por fechos de grant nombre
Meresco tan rica fuesa.
Grave cosa nin aviesa
Nunca fué que yo temiese,
Porque el mi loor perdiere,
Ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras
Treinta años continuados.
Conqueré gentes é tierras,
E gané nobles regnados.
Fis ducados é condados,
E muy altos señorios:
E di á estraños é á mios
Mas que todos mis pasados.

En peligros muy estraños
Muchas veces yo me ví,
E de los mios soseños
Sabe Dios cuántos sofrí.
Contemprarme sope así
Con esfuerzo é mansedumbre.
El mundo por tal costumbre
Sojuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos
Siempre yo quisiera paz,
Adoríenme tiranos
Buscándome mal asaz.
Quisolo Dios, en quien yaz
El esfuerzo é poderío,
Ensalzar mi poderío
E á ellos di mas solaz.

Con todos mis comarcanos
Yo paré bien mi fasienda:
Quien al quiso, amas manos
Ge lo puse á contienda.

Ya comenzaban entonces
Las florecillas del prado
A salpicar de los céspedes
El verde y tendido manto.
Ya iba el tomillo oloroso
Sobre los juncos brotando,
Llenando el aura de aromas
Cuanto mas puros mas gratos.
Ya empezaban á vestirse
De frescas hojas los álamos,
Y las rojas amapolas
A crecer en los sembrados.

É bien así lo entienda
El que fué mi coronista,
Que de paz, ó de conquista
Onrosa quis la emienda.

En la fé de Jesucristo
Verdadero fui creyente,
E á la iglesia bien quisto,
Muy amado é obediente,
Fis onra muy de talante
Cuanto pudé á sus prelados,
Seyendo de mí llamados
Señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud
Yo serví á Santa María,
Preciosa Virgen, salud,
Nuestra dulzor, é alegría.
Por saña, nin por follia,
A santa jamas, nin santo
Nunca yo dije mal, quanto
Los ojos me quebraria.

É teniendo yo mi imperio
En paz muy asesegado,
Que cobré con grant laserio
Por onrar el mi estado,
Plugo á Dios que fui llamado
A la su muy dulce gloria,
Dó está con grant vitoria.
El su nombre sea loado.

La mi vida fué por cuenta
Poco mas que el comedio:
Cinco años mas de cincuenta
É quatro meses é medio.
Púsome Dios buen remedio
A mi fin, que yo dejase
Fijo noble que heredase
Tal que non ha sin medio.

Deben ser los castellanos
Por mi alma rogadores,
Ca los fis nobles, ufanos,
Guerreros, conquistadores:
E á Dios deben dar loores
Por los dejar yo tan presto
Mi amado fijo onesto,
De liña de emperadores.

Yo le dejo bien casado
Con la infante de Aragon;
Porque partí consolado
Al tiempo de mi pasion.
A este viene bendiccion
E los regnos por linages.

* Acasc deberá ser cuarenta, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Y todo la primavera
 Por dó quier iba anunciando,
 Con su yerba la campiña
 Y con sus trinos los pájaros.
 Cabalgaba Don Enrique
 Con sus nobles platicando
 Por fuera de la ciudad
 En paseo sosegado,
 Cuando ginete seguro
 Sobre un potro jerezano
 Vió que hacía ellos llegaba
 Solo un árabe gallardo.
 Sobre el almete de acero
 Rollaba turbante blanco,
 Y espesa malla vestia
 Bajo el almaizal plegado.
 Corvo alfange y lanza aguda
 Llevaba en opuestos lados,
 Y con cadenas de plata
 El negro potro arrendado.
 Y en fin, las prendas que usaba
 La opulencia iban mostrando
 Y su bizzarra apostura
 Lo noble del africano.
 Detuvo el rey su troton
 Un punto para mirarlo,
 Y su potro el sarraceno
 Tuvo también, saludándolo,

Los que de estoria son sages
 Saben bien esta razon.

Dejo noble muger buena,
 Que es la reina Doña Juana,
 Que por todo el mundo suena
 Su grant bondat sin ufana.
 Non cesa noche é mañana
 Facer por mi sacrificios,
 Que son deleites é vicios
 A mi alma que los gana.

Ella sea heredada
 En paraiso conmigo,
 Dó le tien presta morada
 Jesucristo, su amigo.
 De hoy mas á vosotros digo,
 Vasallos, é mis parientes,
 Yo deo á todas gentes
 Este escripto por castigo.

Quien muy bien escudriñare
 Las razones que en él dis,
 E cobdicia en sí tomare
 De los fechos que yo fis,
 Non engruese la cervis
 Echándose á la vilesa,
 Nin se paguen de escasesa,
 Que á todo mal es rais.

Quien vivir quiere en ledicia
 E del mundo ser monarca,
 Desampare la codicia,
 Que todos males abarca.
 Franqueza sea su arca,
 Esfuerzo, é bien faser,
 Que lo tal snele tener
 Mucho bien á su comarca

Quedáronse unos momentos
 Mirando uno á otro entrambos
 Hasta que así dijo el rey,
 Y dijo así el africano.
El Rey. Vengas en paz, sarraceno.
El Moro. Alá te guarde, cristiano.
El Rey. ¿Adónde va el agareno?
El Moro. A buscar al castellano.
El Rey. ¿Pues qué, no da ya Granada
 A los creyentes asilo?

El Moro. Mina una lengua dañada
 El corazon mas tranquilo.
 No hay moro que mas resuelto
 Servido haya á su señor,
 Mas el semblante me ha vuelto
 Mohamad, como á un traidor.
 Sin lealtad y sin fé
 Se olvidó de mi amistad,
 Y allí á Mohamad dejé,
 ¡Alá guarde á Mohamad!

El Rey. ¿Y qué espera del cristiano?
El Moro. Diz que es un rey caballero
 El vuestro rey castellano
 Y á ofrecerle voy mi acero.
El Rey. ¿Y si te recibe mal?
El Moro. Continuaré mi camino.
El Rey. ¿Y si osa á tí desleal?
El Moro. Me avendré con mi destino.
 Mas de ello estoy bien ajeno:

¿Para mí malo ha de ser
 Quien para todos fué bueno?
 ¿Ante él me podeis poner?
El Rey. Moro, en su presencia estás:
 Y tu acendrada opinion
 No desmentirá jamás
 La fé de su corazon.

El Moro. ¿Tú eres Don Enrique?
El Rey. Sí.
El Moro. Dame los piés á besar.
El Rey. No, cabalga junto á mí,
 Que quiero contigo hablar.
 Picó espuelas Don Enrique,
 É imitóle el africano,
 Y atravesando la puente
 En Santo Domingo entraron.

III.

O el bueno de Don Enrique
 Fué crédulo por demas,
 O el moro fué por su parte
 Sutilísimo y sagaz:
 Porque en menos de dos dias
 Entre los dos de tratar,
 Entre ambos á dos había
 Estrechísima amistad.
 Ya fuera que el africano
 Descubriese desleal

A Enrique graves secretos
 Del rey moro Mohamad;
 Ya fuera que el rey Enrique
 Se los quisiera arrancar
 Con una sagaz política
 A la del árabe igual;
 Ya fuera que ambos á dos
 Se intentaran engañar,
 O ya que los dos obrasen
 Con hidalga lealtad,
 Ello es cierto que aquel moro
 Del rey empezó á gozar
 Muy repetidos favores,
 Y muy grande intimidad,
 É hizo á todos los privados
 Ante su favor cejar
 Por mas que el vulgo y la corte
 Murmuró de este desman.
 Decian, y con justicia,
 Que le sentaba muy mal
 A todo un rey castellano
 Con moros tanta amistad.
 Que quien nació su enemigo
 Era al cabo de esperar
 Que tuviera allá en su pecho
 Poca ó ninguna verdad.
 Todo ello dicho en razon,
 Y sin respeto quizás,
 Pero dicho todo en balde,
 Pues no lo quiere escuchar
 El rey, que por su capricho
 O por recóndito plan
 Hácia el gallardo africano
 Inclina la voluntad.
 Y ya por secretas causas
 O por afición real
 Festejábanse uno á otro
 Con correspondido afan.
 Dábale el rey privilegios,
 Y rentas que disfrutar,
 Dábale estancia en palacio
 Y aun en su mesa sitial.
 Y el moro, á quien cada día
 Remitian sin cesar
 Desde Granada sus deudos,
 Sus amigos desde Oran,
 Tesoros inestimables
 Y presentes sin igual,
 Al rey se los ofrecia
 Con gran liberalidad.
 Y apenas dia pasaba
 Sin que la fuera á llevar
 Ya el damasquino man-dolle,
 Ya el cordobés alazan,
 Y siempre entre sus regalos
 Solian ir á la par,
 Ya el velo para la reina,
 Ya para la dama el schal,

Ya la armadura dorada
 Para el príncipe Don Juan,
 Ya el perro de mejor rastro,
 Ya el azor mas perspicaz.
 Todo era el moro larguezas,
 Y el rey prodigalidad;
 Si el rey el mas generoso,
 El árabe el mas galan.
 Todo era fiesta el palacio,
 Tañer, danzar, y trovar,
 Todo festejos el dia,
 Toda la noche rondar.
 Todo festines y amores
 En la gente principal,
 Toda embriaguez y rondallas
 El vulgo hambriento y audaz.
 Si en una apuesta ó torneo
 Placiale al rey bajar
 A correr en el palenque
 Con un noble á trance igual,
 Bajaba el moro tras él
 A lucir su habilidad
 En los bohordos y cañas
 Y juegos de uso oriental.
 Y nadie rompió una lanza
 Con tanta seguridad,
 Ni nadie montó un caballo
 Con una destreza tal,
 Ni nadie metió en el blanco
 Tantos dardos á la par,
 Ni nadie en cortesania
 Logró alcanzarle jamás.
 Si diez sortijas ganaba,
 Si ocho lazos alcanzar
 Lograba una misma tarde,
 Cual diestro, siendo galan,
 Al rey y á la reina al punto
 Ofrecia la mitad,
 Entre las damas mas bellas
 Repartiendo las demas.
 Y así se pasaba el tiempo,
 Y así en escándalo asaz
 De Don Enrique y el árabe
 Se estrechaba la amistad.
 Y ó el bueno de Don Enrique
 Crédulo era por demas,
 O era por su parte el moro
 Sutilísimo y sagaz.

IV.

Corrió todo el mes de abril
 Para el conñado Enrique,
 Uno de los mas gloriosos,
 Y uno de los mas felices.
 La tierra empezó con mayo
 Con sus flores á cubrirse,
 Y el cielo fué despejándose

De nubes y nieblas tristes.
 El viento henchian de aromas
 Los ceñillos sutiles
 Recojidos en las ramas
 De los huertos y jardines.
 Veía el rey favorable
 Estacion tan bonancible
 Para realizar los planes
 Que supo allá concebirse
 En su corazon y juicio,
 Y que á poder él cumplirles
 Fuera acaso el rey mas grande
 Y el mejor de los Enriques (1).
 Pero no hay causa que el hombre
 Para su bien imagine
 Que no le estorbe la suerte
 Que por su bien la realice.
 Ya há dias que el sarraceno,
 Tan pródigo en los festines
 Y en los regalos, ninguno
 A su nuevo rey dirige.
 Ya há dias que de su parte
 El rey ninguno recibe,
 Ni el rey le manda sus pages
 Con prenda alguna que estime.
 Y unos dicen que ya en ellos
 No está la amistad tan firme,
 Y otros que dió á sus tesoros
 Fin el africano, dicen.
 Pero desmentidos vieron
 Sus murmullos los malsines
 En la mañana de un martes,
 Dia aciago entre gentiles.

(1) Fué su muerte (la de Don Enrique) muy plañida de todos los suyos; é non sin razon, ca pues tenia sus paces, é tratos, é casamientos, é sostegos fechos en Francia, é Portugal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandaba ir guisando, que si viviera era su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. E despues que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante Don Juan su fijo, é otra el conde Don Alonso su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil omes de á pié: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil omes de á pié: é entrar cada año tres entradas de quatro meses é andar todo el regno, é non cercar logar, mas falcas cuant fallasen verde. E que irian las cuadrillas de guisa que en un dia se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese: é despues salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar dó tenían sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darian el regno á pura fuerza de fambre, é faria de los moros quanto quisiese. E Dios non quiso que se cumpliese, ca tomóle la muerte, etc.

(Crónica de Don Enrique II.)

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él

Y que á poder él cumplirles
 Fuera acaso el rey mas grande,
 Y el mejor de los Enriques.

Gozaba el rey todavia
 Blando reposo apacible,
 Cuando al dintel de su cámara
 Un negro, que al moro sirve,
 Se presentó demandando
 Si la entrada le permiten:
 Y como saben los pages
 Que el rey donde quiera admite
 Al esclavo y á su dueño,
 Ninguno el paso le impide.
 Franqueáronle pues la puerta,
 Y apartando los tapices,
 En la cámara del rey
 Entró en silencio el etiope.
 Quedó tras él el ambiente
 Lleno de oloroso almizcle,
 Que un azafate que lleva
 Entre las manos despidie.
 Mas no pudo nadie ver
 Lo que en él se deposita,
 Porque cubierto lo trajo
 Con la hermosa piel de un tigre.
 Sintióse con el esclavo
 Hablar al rey Don Enrique,
 Sintiéronse las ventanas
 A la voz del rey abrirse,
 Y tras de breves momentos
 Con su semblante impasible,
 Como una siniestra sombra
 Volvió á salir el etiope.
 Quedó el rey con el regalo
 Sobre su lecho, y posible
 No siéndole contenerse,
 Levantó la piel de tigre
 Que cubria el azafate,
 Y no es fácil de escribirse
 Su sorpresa al ver en él
 Dos moriscos borceguies.
 Era de una piel mas blanca
 Que la pluma de los cisnes,
 Abotonados con perlas
 Y un hebillon de rubies.
 Mil esquisitos bordados
 La piel finisima visten
 De mil caprichosos ramos,
 Mil arabescos perfiles
 Con cuyo primor y gusto
 En tejidos y en matices
 Los encajes y las flores
 Inútilmente compiten.
 Obra del oriente solo
 Y de moriscos artifices,
 Que hacen palacios de piedra
 Como el encaje sutiles.
 Trabajo de aquellas manos
 Que, para que al mundo admire,
 Nos dejaron una Alhambra
 Del Darro en la orilla humilde;

La Alhambra ante quien Europa
 Ya desengañada dice:
 « No fué de bárbaros raza
 La que alzó el Generalife. »

La primorosa labor,
 La pedreria que ciñe,
 Orla, corona y enlaza
 Los moriscos borceguies,
 El suave aroma que exhalan
 Su piel dócil y flexible,
 Lo bien que al pié se le ajustan
 Sin dañarle ni oprimirle,
 La novedad del regalo
 Y el traer del moro origen,
 Fueron razones de gozo
 Para el buen rey Don Enrique.
 Mandó entrar pues á sus pages
 A tocarle y á vestirle,
 Para ostentar dignamente
 Los preciados borceguies.
 Bizarramente atavióse,
 Y al ver cuán brillante sigue
 Su curso sereno el sol,
 Y el dia en púrpura tiñe,
 Pensó en celebrar del moro
 El rico regalo insigne
 Con improvisada fiesta
 Que su placer le atestigüe.
 Llamó pues al africano,
 Y mandando que le ensillen
 Los caballos, y que apresten
 Los azores y neblies,
 Una partida de caza
 Y un campesino convite
 Para el árabe y sus nobles
 Rápidamente apercibe.
 Y hora y sitio, y compañía
 Señala, busca y elige,
 Y alegremente cabalga,
 Parte, y la corte le sigue.

v

Está el sol resplandeciente,
 Y purisima la atmósfera,
 Y el azul del firmamento
 Sombrías nubes no entoldan.
 Solo á trozos le salpican
 De ráfagas voladoras,
 Al impulso arrebatadas
 Nubecillas caprichosas:
 Vapores tornasolados
 Que así varían de forma,
 Como varían de sitios
 Hasta que al fin se evaporan.
 Risueño está el dia, amena
 La campiña, encantadora

La caza de cetreria
 En que los del rey se gozan,
 A inmenso trecho en el aire
 Los neblies se remontan,
 Sin que los pierdan de vista
 Los cazadores. ¡Qué airosa
 Se cierne libre en los aires
 Sobre sus alas, y esponja
 Su fina y rizada pluma
 La garza provocadora!
 ¡Cómo se burla del vuelo
 De las aves temerosas
 Que la huyen, y á quien persigue
 Revolando juguetera!
 ¡Cómo en torno de su presa
 Gira y revuelve, y la acusa,
 Y en su derredor circula
 De su torpeza por mofa!
 Ya al parecer libre y salva
 Dejándola, el vuelo acorta,
 Ya á perseguirla volviendo
 Se precipita afanosa.
 Tiembla la avecilla débil,
 Canta el ave triunfadora,
 Y en espiral rapidisima
 Caen en la tierra una y otra;
 Y el lance á juzgar alegres
 Los cazadores se agolpan,
 Y con aplausos y risas
 A celebrar la victoria.
 Contentisimo está el rey,
 Contenta la corte toda,
 Y las damas que esto miran
 Desde una empinada loma.
 El halcon negro de Enrique
 Es quien lleva por ahora
 El honor de la partida.
 ¡Con qué humildad tan donosa
 Hace la presa, la abate,
 A los pages la abandona,
 Y á Don Enrique volviéndose
 En la mano se le posa!
 ¡Y cómo el rey le acaricia,
 Y en su palma le coloca
 Y esponja el ave sus plumas
 Agradecida y gozosa!
 Lánzala, y rauda se eleva,
 La llama, y se abate pronta:
 Dijeran que oye y comprende
 Las palabras de su boca.
 El sarraceno, que el arte
 De la cetreria ignora
 Porque no es arte seguido
 Por la raza de Mahoma,
 Su incomparable destreza
 Prueba, con dardos que arroja,
 Que desde el caballo lanza
 Y desde el caballo toma.

Hienden el aire silbando
 Con rapidez prodigiosa,
 Y tan certeros los tira
 Que á los mas diestros asombra,
 Su esclavo negro le sigue
 Sobre yegüecilla torda
 De ruin estampa, mas fuerte,
 Incansable y corredora.
 Y este recoge los dardos
 De su amo, que al suelo tocan,
 Al estilo de los árabes,
 Con mano segura y pronta
 Sin abandonar el lomo
 Del animal en que monta,
 El cual lleva en su carrera
 La tierra al vientre tan próxima
 Que inclinándose el ginete
 Sin que apenas se conozca
 Ase el dardo que está en tierra,
 Aun sin mirar si lo cobra.
 Tanto puede la costumbre,
 Tanto la práctica logra,
 Y tanto á los castellanos
 Por eso entrambos asombran.

En esto, y cuando en los aires
 Mirada firme y ansiosa
 Todos clavada tenian
 En una torcaz paloma
 Que, de un halcon perseguida,
 Iba á la herida traidora
 Del dardo del sarraceno
 A caer, si le era próspera
 Como siempre su certeza,
 Cubrióse la tierra toda
 De oscuridad tan espesa
 Que el dia fué noche lóbrega.
 Sintieron al punto todos
 Presa de mortal congoja,
 Sin que pudieran sus ojos
 Penetrar aquellas sombras.
 Barrió el suelo un viento rápido
 Y helado, y cuando á la atmósfera
 Oscura se hizo la vista
 Con hondísima zozobra,
 Vieron lucir las estrellas
 Que el firmamento tachonan,
 Creyendo que de repente
 Menguaba el dia seis horas.
 Faltó el aliento en los pechos,
 Faltó la voz en las bocas,
 Y todos ante el prodigio
 Callando tiemblan ú oran.
 Solo el árabe y su esclavo
 Que están platicando notan,
 Y aquel fenómeno aplauden
 Con una alegría loca,
 Y escuchando los cristianos

Su algazara escandalosa,
 Por sortilegio lo juzgan,
 Por brujería lo toman.
 Hasta que á pocos minutos
 Asomando luminosas
 Del encapotado sol
 Las resplandecientes orlas,
 Volvió poco á poco el dia,
 Volvió á ausentarse la sombra,
 Y el moro explicó el eclipse (1)
 A la comitiva absorta.
 Mas aunque entendieron todos
 Que esas señas espantosas
 De este vistoso fenómeno
 Son las circunstancias propias,
 A nadie arrojar fué dado
 Del corazon la congoja,
 Ni nadie siguió tranquilo
 En caza tan azarosa.
 Tornaron pues en silencio
 Con faz decaida y torva
 A la ciudad que dejaron
 Con risa tumultuosa.
 Quejóse el rey de cansancio,
 Y tras noche asaz incómoda
 No pudo al dia siguiente
 Salir por sí de su alcoba.
 Vinieron con tal noticia
 Los sabios de la redonda;
 Y declararon unánimes
 Que el mal del rey *era gota*.

VI.

Pasáronse asi dos dias,
 Y asi se pasaron seis,
 Y asi se contaron nueve,
 Y rayaron en los diez:
 Y en ellos mas medicinas
 Solo sirvieron al rey
 Para entender que la muerte
 Le asaltaba por los piés.
 Llorábale su hijo el príncipe,
 Y la reina su muger,
 Y mas que todos el moro
 Se hacia al llanto por él.
 Iba y venia afanado
 Los calmantes á traer,
 Y á preparar los remedios

(1) A diez y seis del mes de mayo un lunes despues de visperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veian los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, asi como si fuera media noche: é duró aquella oscuridad una hora. é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variacion que hay en el romance es el atraso de un dia, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes como aconteció.

Con cuidadoso interés;
 Y como era hombre entendido
 Y el rey le queria bien,
 Murmuraban de ello muchos,
 Mas le dejaban hacer.
 Mirábanle los doctores
 Con ojeriza tambien,
 Mas á raya se tenian
 Respetando su saber.
 Que era el árabe en su ciencia
 Hombre de tan alta prez
 Que no hubo quien en Castilla
 Se le supiera oponer.
 Y en las juntas que les plugo
 Reunir alguna vez,
 Siempre que él tomó la plática
 Fuerza á los demas les fué
 Convenir exactamente
 En lo propuesto por él,
 Y á sus opiniones siempre
 Y á sus razones ceder.
 Y con tanta confianza,
 Con tan recta sencillez
 La enfermedad explicaba
 Y daba su parecer
 Con tanta y tan sana lógica,
 Con tan candorosa fé,
 Que nadie que le escuchaba
 Le dejaba de entender.
 Y los remedios servia
 Al real enfermo despues
 Con tan sincero cariño,
 Con exactitud tan fiel,
 Que nadie le pudo tacha
 En su servicio poner.
 Y en el tiempo que duró
 Aquella dolencia cruel
 Todas las noches velando
 Estuvo el árabe al rey.
 Sus largas noches de insomnio
 Le sabia entretener
 Con orientales historias
 Mas sabrosas que la miel.
 Los monteros le escuchaban
 Embebidos á su vez,
 Y el mas suspicaz no supo
 Desconfiar ni temer.
 Si alguna vez Don Enrique
 Le miró con esquivéz
 A impulso de los dolores
 Que le hacian padecer,
 Mesaba el moro su barba
 Y se trataba de infiel;
 De triste y desventurado,
 Y sin tenerse merced
 Decia que de aquel mal
 Él solo la causa fué
 Con la maldecida caza

Dispuesta en obsequio de él.
 En fin, de aquella dolencia
 Al rayar el dia diez
 El rey se sintió mortal,
 Y á Manrique el canceller
 Demandando á toda prisa,
 Y á su confesor despues,
 A concluir se dispuso
 Como católico y rey.
 Entonces cruzando el moro
 De las puertas el dintel,
 De la turba cortesana
 Cruzó sombrio á través.
 « Doctor (le dijeron muchos),
 ¿ Creéis que viva? — Tal vez,
 Les dijo, dure cuatro horas. »
 Pero no llegó ni á tres.

VII.

Murió Don Enrique en lunes
 Treinta de mayo á las dos,
 Como á un caballero cumple,
 Como á un monarca español.
 Fama de bueno y de justo
 Y de liberal dejó,
 Mas juzgó mal de su muerte
 El vulgo murmurador.
 De aquella dolencia incógnita
 El fatal estrago atroz
 En breves dias, sin tregua
 Al sepulcro le arrastró.
 Y aquel agüero funesto
 De haberse apagado el sol;
 Y hacer noche al medio dia
 En el que él adoleció;
 La amistad con aquel moro,
 Tal vez secreta ocasion
 De la enfermedad traidora,
 A muchos les recordó
 Lo bastardo de su sangre
 Y la sangrienta traicion
 Con que en Montiel á su hermano
 El rey Don Pedro mató.
 Unos lo dan por prodigio,
 Otros por falsa invencion.
 ¿ Quién pues lo cierto averigua
 A través de tanto error?
 Las conjeturas son rectas;
 El moro desapareció,
 Y el rey empezó á sentir
 En las plantas el dolor
 Desde el dia en que sus ricos
 Borceguies se calzó.
 La causa pues de su muerte
 La sabe quien la hizo y Dios.

ORIENTAL.

No pude selle mudable
A aquella cuyo nasci.
Rom. general.

I.

« Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

Años há, bella señora,
Que tu vista encantadora,
Apetecida,
De Córdoba en los jardines
Matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
Y tus favores gozaban
Mil paladines,
Azarque, en inútil queja,
Tus esquivaces plañia
Llorando al pié de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡qué importa que al Profeta
En adoracion secreta
Yo bendiga,
Y adores tú al Nazareno,
Si en blanda coyunda amiga
Un solo amor nos uniera!
Cristiana mas hechicera
Que el ameno
Paraiso, no te cura
De las palabras del conde,
Que has de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana. »

II.

Asi de la luna al brillo
En tono blando y sencillo
Cantaba voz varonil,
Y del moro las querellas
Vertiendo lágrimas bellas
Oía dama dama gentil.

Abrió á medias su ventana
Que con flores engalana
La dama, y así cantó :

Triste su cántico apenas
Perdido entre las almenas
Un solo instante vagó.

« Cristiana ¡oh moro! nací,
Y me matan con rigor
¡Ay de mí!
Mi religion y mi amor
Y huyo á mi pesar de tí.
Huye de aquí. »

La voz se heló en su garganta,
Cayó y rompióse la lira,
Al moro estática mira,
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo
Sobre el pecho la cabeza
Ahoga tanta ternera
Un amoroso letargo.

« ¿Porqué (dice desde el foso
El moro), bella cristiana,
Porqué me velas tirana
Ese rostro candoroso? »

La cristiana amada en tanto
Miraba y no le veía,
Solo en el muro se oía
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,
El moro desesperado
A llamar iba ya osado
En el castillo del conde.

III.

Sobre alazan de Córdoba brioso,
Ceñido el cuerpo de la doble malla,
El señor del castillo llega en tanto
A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente
Se oye cuál crujen á compás sus armas
A par que estrepitosas se derrumban
Entre espuma las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente
Miró en el muro pálida á su hermana,
Y volviéndose al moro amenazóle
Con la robusta lanza.

« ¡Infel, al fin! ya yo me lo sabía, »
Dijo el conde entre sí lleno de rabia,
Y alzó la voz despues : « Mahometano,
¿Son estas tus palabras? »

Si ya no eres cristiano tu rodela
Y ese corcel apresta que descansa.
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.

— ¿Porqué el conde cristiano me acomete
Si amor quitó la libertad al alma?

UNA AVENTURA DE 1360.

ROMANCE.

En las frondosas campiñas
Que con sus ondas serenas
Fecunda el Guadalquivir
Antes que en el mar se pierda,
Sentada está una ciudad
Que magestuosa ostenta
Lo atrevido de sus torres,
Lo antiguo de sus almenas.
El rio su bella imágen
En su corriente refleja
Pasando enorgullecido
Por pasar tan junto á ella.
Y ella se mira en sus aguas
Contemplando allí altanera
Su antigüedad y poder
Y su proverbial belleza.
Espesos muros la ciñen,
Y frondosísimas huertas,
Y apiñados olivares,
Y fertilísimas vegas.
Radiante sol la ilumina,
Y la bordan sus laderas
Altos y copados árboles
Y olorosas flores bellas.
Alegre gente la vive,
Que las calurosas siestas
Y los perfumadas noches
Pasa al són de la vihuela,
Ya en sus entoldados patios
Entre fuentes y macetas,
Ya en sus floridos jardines
Gozando sus auras frescas.
Ciudad de hermoso recuerdo,
Ciudad bella entre las bellas,
De los moros es envidia,
De los cristianos soberbia.
Sevilla, en fin, y esto basta,
Que todo el nombre lo encierra,
Y hablando de la hermosura
Todo es una cosa mesma.
En Sevilla pues, y en una
Noche azulada de aquellas
En que la luna derrama
Tranquila claridad trémula,
Y en lo cóncavo del aire
Resplandecen las estrellas,
Y mas allá con mas brillo
Dos luceros reverberan;
En una de aquellas noches
En que todo se presenta
Blanco, pacífico, hermoso,
Y que la mente embelesca,

— Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.
— Yo cristiano no soy, repuso el moro,
Yo no soy sino amor para tu hermana;
¿Mas qué importa mi fé ni la fé suya
Si como yo me ama?
— No blasfemes, infel, si en tu creencia
Tornaras á mirar estas murallas,
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batallas. »

IV.

Dijo el noble de Castilla
Y del torrente en la orilla
Aguardó.

¿Qué hace el moro que injuriado
En la muralla apoyado
Se quedó?

¿Porqué el conde le provoca
Con voz que al honor le toca
Y con furor,

Y el moro sombrío en tanto
Mostrando está con su llanto
Su dolor?

Errante su mirar vaga,
Y almete, rodela y daga
Lejos de él

Con ira arrojó demente
Y así habló con voz doliente
El infel :

« A Dios, houri idolatrada
Del corazon africano,
Pues que por suerte traidora
Te pierdo agora,
Muere con tu Dios cristiano,
Yo moriré en mi fé mora. »
Y hácia el conde que le espera
Rápida y firme carrera

Dirigió,
Y allá en el agua espumosa
La calda estrepitosa
Resonó.

V.

Mientras la bella cristiana
En su gótica ventana
Exhala un ay de pavor,
Del agua allá en lo profundo
Lanza el moro en este mundo
El postre ¡ay! de su amor.

Valladolid.—1836.

Y los sentidos embriaga
Y el corazón enajena;
Noche de aventuras propia
En mil trescientos cincuenta
(Edad en que esto pasaba
Si mi memoria no yerra),
Por la calle de la Sierpe
Media noche siendo apenas
Dos hombres en la ancha plaza
Con prisa y silencio se entran.
Largas capas les envuelven,
No porque precisas sean,
Sino porque bien les cubran
De las personas las señas:
Por el lado de la sombra
Punta á punta la atraviesan
De la calle de la Sierpe
Hasta la calle de Génova,
Y el bulto de sus espadas
Que bajo la capa llevan,
Las plumas de sus birretos
Y el rumor de sus espuelas
Por hidalgos les acusan,
Por mas que entrambos se empeñan
En pasar como personas
De comun raza plebeya.
Al fin cuando ya contaban
Tomar una callejuela
Que al alcázar los llevase
Sin pasar frente á la iglesia,
Paróse el mas alto de ellos
Diciendo: «¿Qué sombra es esa
Que tras el pilar se oculta,
Benavides? Yo dijera
Que es un hombre.»

— Y Benavides

Al que pregunta contesta:
«Llegad, señor, sin cuidado,
Que ya imagino quién sea
Y hará paso al conocerme,
Que es hombre que me respeta,
Porque me debe favores
É hicimos juntos la guerra.»
Siguió andando Benavides,
Siguió el otro, por respuesta
Dándole solo el silencio
Que satisfacerle muestra,
Y frente al hombre llegando
Que junto al pilar espera,
Mostrándose Benavides
Dejó franca la carrera.
«Dios te guarde, Andrés,» le dijo
El que va, pasando cerca.
«Buenas noches,» dijo el hombre,
Saludando con llaneza:
Y pasaron los hidalgos
Y siguió el otro en su espera.
Y entre los dos que se van

Por la oscura callejuela
Conversación en voz baja
Se entabló de esta manera:
«¿Quién es ese hombre?»

— Un soldado

Que entró poco hace en la regla
De San Francisco, cansado
Del servicio y de la guerra.
— ¿Y porqué precisamente
En tal ocasión lo deja,
Pudiendo darle fortunas
Estos tiempos de revueltas?
— Dice que al rey Don Alonso
Sirvió de grado, y por fuerza
No quiere servir á nadie.
— Ya entiendo.

— Señor...

— Le lleva

La opinión del vulgo necio,
Que mal de Don Pedro piensa.
— Ya veis, señor, pues al claustro
Se acoge, con su conciencia
Se lo habrá mirado bien.
— Y á tales horas, ¿qué espera
Solo en mitad de la plaza
Sin el traje de su regla?
— Señor, es historia larga.
— Tal cual es quiero saberla.
— Son cosas que importan poco
— A mí todo me interesa;
Decid, pues.

— Pues escuchad.

Ya sabéis que representan
Al rey los monges Franciscos,
Que habiendo en su casa mesma
Un manantial necesario
Para el buen servicio de ella,
El derecho á los vecinos
Se les quite de que puedan
Servirse de él en su daño
Porque sin agua les dejan.
Los vecinos, como tienen
Aquella fuente mas cerca,
Para tomarla á su gusto
Su viejo derecho alegan.
— Y tienen razón, y el rey
Se la da.

— Por esa muestra

De su real benignidad
De los vecinos se aumenta
La osadía, y de los monges
El trabajo y la impaciencia.
De aquí nacen las habillitas,
Las voces y las quimeras:
Los vecinos á los monges
Tal vez obligar intentan
Á que de noche y de día
Les tengan franca la puerta.

Los monges quieren cerrarla
Como lo manda su regla,
Y esto ocasiona denuetos
Y escandalosas pendencies.
Los vecinos traen soldados,
Gente de su parentela;
Los frailes sacan domésticos
Y deudos que los defiendan:
Y como ven que su rey
Lo que le piden les niega,
Los del pueblo cobran brios
Y los frailes se exasperan.
Esto duró hasta que Andrés,
Hombre á quien nada amedrenta,
Hombre que usa de las armas
Con asombrosa destreza,
Con sus escrúpulos dando
De una sola vez en tierra,
Asió su espada saliendo
De los suyos en defensa.
Burlábansele al principio,
Mas él se ha dado tal priesa
En asestar cintarazos
Con tal fortuna y destreza,
Que del manantial los monges
Son dueños á la hora de esta.
— ¿Tan bizarro es ese Andrés?
— Tan bizarro y tan á prueba,
Que él solo guarda la plaza,
Y ninguno se le acerca.
— El miedo de los villanos
Es quien su valor pondera.
— De quien queráis informaos;
Vereis que nadie lo niega.
Es hombre que, si le dicen
Que una calle por apuesta
Guarde una noche, es seguro
Que nadie pasa por ella.
— ¿Y no hay justicia en Sevilla,
Un hombre que le contenga?
— Ya veis, se acoge á sagrado,
Y los bravos le respetan.»

Murmuró el que preguntaba

Unas palabras inciertas
Que espiraron en murmullo
Cual pronunciadas apenas.
Y como á un postigo oculto
Que da al alcázar se llegan,
Callaron ambos á dos
Llamando á espacio á la puerta.
Abrióles un paguecillo,
Y entrando los dos por ella
Quedó el silencio en el aire
Y en soledad la plazuela.

Está la siguiente noche
Tocando en la misma hora,
Y desde el zenit vertiendo
La luna luz melancólica.
Ni una ráfaga de viento
La soledad silenciosa
Interrumpe, ni una nube
Del cielo el azul entolda.
Toda Sevilla es silencio,
Reposa Sevilla toda,
Que duerme al són que la arrullar
Del Guadalquivir las ondas.
Apenas de tarde en tarde
Atraviesa una persona
Las calles á largos pasos,
O en una reja se aposta.
Y los grandes edificios
Que la estensa plaza forman
Sobre el suelo de la plaza
Tienden su gigante sombra.
En un pilar apoyado
De una callejuela angosta
Por dó un largo pasadizo
En la plaza desemboca,
Hay un hombre que está en vela,
Y á quien la noche medrosa
Presta contornos fantásticos
Y faz amenazadora.
Inmóvil en la oscuridad
No parece que le importan
Ni el relente de las noches
Ni el ver que pasan las horas.
Si espera á alguien, nadie acude
A la cita misteriosa;
Si aguarda algun hora fija
Su venida fué bien pronta.
Frente por frente al convento
De San Francisco se aposta,
Cuya puerta se ve franca
Como abandonada y sola.
¿Es que aquel hombre la guarda?
¿O es que en acecho la ronda?
Porque él la guarda ó la acecha
Con una intención incógnita.

En esto la plaza adentro
Por la calle de la Sierpe
Un hombre desembocando
A largos pasos se mete.
Un solo punto los ojos
En su derredor revuelve,
Y viendo al hombre que aguarda
Vase á él rápidamente,
El sombrero hasta las cejas
Y el embozo hasta los dientes:
Llegó al que esperaba, y plática
Entablaron de esta suerte: